

dos aquellos seres ideales encarnados en la realidad por el verbo divino de las artes, grupos de figuras místicas ordenadas en las paredes y en las bóvedas á la manera que se ordenan los astros en las constelaciones del firmamento; como todas estas creaciones han surgido completamente de la fe pura, y se han levantado en alas de la oración á la cima de lo ideal, os traen lo infinito al corazón y á la mente; os transfiguran con sublime transfiguración allá en el cielo católico, cual si os descierais de lo limitado y de lo contingente; os elevan á la bienaventuranza y os patentizan la idea de Dios y de sus revelaciones eternas. Pero si entráis en la Iglesia de Jesús, ¡qué materialismo y qué falta de fe! ¡Cómo se parece aquello á todas las antiguas construcciones profanas! ¡Cómo muestra la materialización completa del eterno espíritu cristiano! Grande, muy grande la nave, pero con la grandiosidad de las termas de Caracalla ó Diocleciano. El arte de Vignola seguramente le ha dado proporciones matemáticas; pero ninguna idea le ha dado. Si quisierais rezar allí, la oración se congelaría en vuestros labios, dentro de sala tan aparatosa y teatral. Casi todo es jesuítico, hechura de la misma compañía. Un cardenal, sobrino del Papa que canonizó á Ignacio, deja y manda las sumas necesarias para la edificación; Grassi, otro jesuita, si no da la idea, termina la traza; y otro jesuita, Pozzi, pinta la techumbre principal de la primera nave. Columnas corintias, mármoles y jaspes incrustados por todas partes, bronceos áureos, estatuas argentadas, frescos de aparato, sepulcro del Santo lleno de rica y costosa pedrería, su efigie vaciada en plata; un globo de lapizlázuli, el fragmento mayor y más rico de tan cara materia; toda la copia de preciosidades que muestra la materialidad del poder y la materialidad del dinero, sorprenden, porque revelan cuán poderosos han sido y cuán potentados aquellos hijos del que hiciera voto eterno de pobreza en la gruta de Monserrat; pero, cuán destituidos de lo único que obra milagros, y eleva las almas, y somete las generaciones y vence al tiempo, y se confunde con la eternidad ¡oh! cuán destituidos del ideal y de la fe viva en ese ideal, y cuán adoradores de la materia y de la fuerza!

Pero ¿no hay en la Iglesia protestante pensadores tan reaccionarios como los jesuitas? Tienen más ideas y tienen menos organización. Las tendencias de la escuela de Schieiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron á estremarse más allá de los límites de todo lo justo y á producir una reacción religiosa, cómplice y sierva de la reacción política. El siglo décimo-nono, como renegado del siglo anterior, se despertaba á la vida entre conjuros y oraciones. Y el error de los protestantes más liberales que habían convertido su doctrina en patrimonio de una inteligente aristocracia y de una monarquía tradicional, dió sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bárbaros con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilización y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Masstre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y

todo el peso de su severo estilo para volver hacia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hacia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero. Los Reyes favorecían, no ya de grado, sino de corazón, estas abjuraciones de nuestro siglo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de la realeza; los esclavos de la fe heredada ni piensan, ni racionan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica después de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles á ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para cosa ninguna dónde ponían su voluntad y su conciencia. Después, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenían aire bajo las cenizas y las lavas de la revolución religiosa habíanse conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, fieles á todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de la poesía moderna, excomulgadoras de la moderna ciencia, condenando la razón al error, la voluntad al mal, y arrastrándose en fervorosa idolatría ante el sentido material de la Biblia para no ver sino aquello que conviniese á la triste restauración de los antiguos Reyes en los mermados tronos, y de los antiguos sacerdotes en las emancipadas conciencias. Adoradores de la coalición reaccionaria, pietistas intolerantes de Guttemberg y Basilea, teólogos asalariados en las Cortes de Berlín y de Dresde, viejos luteranos que habían cerrado su espíritu á todo el aire de la vida moderna, emisarios de Metternich, enviados por do quier á someter las almas como se habían sometido los cuerpos, todas las aves nocturnas que viven y medran al amor de las sombras en las espesas noches de la Historia, todas se conjuraron para pervertir la conciencia de las naciones y entregarlas fácilmente á las ligaduras de las más pesadas cadenas. Parece imposible; mas un hombre que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más pue teólogo y tribuno de club y de plebe; rudo campesino del Oeste del Holstein; hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje, poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido, indisciplinado por conciencia, inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones, sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario; dotado de ingenio pedagógico, copioso de antítesis bruscas; propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reacción religiosa y llamó Ante Cristo á la razón, como se lo habían llamado á los Neronos los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la antigua religión un púlpito por esa religión levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia

con el espíritu del siglo; y rechazó toda explicación natural dada á la Biblia, diciendo que sólo era digna de fe la palabra de Dios en sus literales y materialísimos sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religión protestante y la monarquía absoluta.

Después de esto ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas en la vuelta al siglo décimo-tercio, en las apoteosis del Papa, en la restauración del infierno, en los deliquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reacción entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse sobre la barca donde había permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religión de la Reforma, de la conciencia, de la interpretación individual en las lecturas evangélicas, había caído en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstember sostuvo la reacción religiosa y política con menos entusiasmo, pero con más ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores católicos. Su vocación fué el periodismo y el periodismo insolente, desvergonzado, libeleco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que espía á todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota, contando con la complicidad y la satisfacción de las autoridades políticas, que ya en la picota horrible agarrotados, expirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Se revuelca sobre la literatura clásica, henchida, según él, de paganismo; confunde la de nocracia con la demagogia; llama frívola, y ligera y calaveresca á la Francia moderna; niega toda autoridad á la razón y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo, y califica á la teología sentimental de rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religión. Y no le basta con la reacción religiosa; sostiene también la reacción política más desenfadada é insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al Rey y á la Reina; porque para este piadosísimo cristiano, el Rey y la Reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parecele insoportable tiranía orar por las Cámaras, según los preceptos de la Constitución y los rescriptos del Rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre examen y de la revolución política, consagrada á regatear tributos al monarca y á encender pasiones en el pueblo; llena de reformadores que son al fin y al postre, con toda su

aparición de sensatos, dementes demagogos. El clero sólo debía orar por la Cámara de señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarían fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la Diosa razón, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separación de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro de su autoridad se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para la dominación material del mundo. Todos estos insensatos podían libremente entregarse á sus insensateces; renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad, sin comprender que suprimían al hombre. Su rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuración para oprimir y envilecer á su tiempo, demostraba con qué razón, con qué derecho, con qué verdad había sostenido el siglo décimo-octavo el salvador principio de la incompatibilidad absoluta contra las iglesias intolerantes y las modernas libertades.

Hemos puesto las dos reacciones frente á frente, la jesuítica y la luterana, con objeto de que pueda verse como jamás empezó á la reacción germánica un ideal tan avanzado en materia religiosa, como el ideal protestante. Cuando uno ve los puseistas ingleses adictos á la religión católica, que han abandonado; y vueltos hacia ella con ritos análogos á los nuestros y luego vemos los feudales germánicos alzándose á una sobre la disciplina ó el dogma religioso, que parecían destinados á renovar el espíritu cristiano, en verdad, no puede menos que proclamar vacías de sentido las declamaciones del buen Quinet, sobre la necesidad imprescindible de que hubiera el término religioso adelantándose al término político para obtener una renovación de la sociedad. Muchos términos de la revolución en series y gradaciones sucesivas se habían atravesado y se estaban también atravesando el día que llegó á estallar el espíritu y la conciencia del Norte con las indignaciones de Lutero. Sin que contemos las dos renovaciones en el espacio hechas por dos pueblos eminentemente católicos, según lo han sido siempre Portugal y España; sin que contemos la revolución artística hecha por Rafael y tan renovadora del sentimiento; sin que contemos los esfuerzos de San Francisco y de San Antonio y de Gersón y de Savonarola, para democratizar el Cristianismo, necesitamos decir que inmediatamente después de la revolución hecha en el planeta y en el cielo y en el arte por los latinos, llegó la renovación cartesiana metafísica, y tras la revelación cartesiana metafísica, la Enciclopedia, y tras la Enciclopedia, la Revolución francesa en que todos somos, respiramos, vivimos todavía. Es verdad que tiraron mucho atrás los Reyes absolutos; verdad que las revocaciones del Edicto de Nantes con sus dragonadas y la expulsión de los protestantes con la expulsión de los moriscos, lanzados fuera de Francia y España, detuvieron mucho el progreso y que la

red espesísima del jesuitismo paralizó á Europa; mas también es verdad que no se paró un minuto la evolución perpetua mental y que tras estas evoluciones mentales, enciclopedia, cartesiana, de Voltaire, de Montesquieu, de Rousseau, vinieron las evoluciones políticas, levantando en lo alto la conciencia y redimiendo el esclavo para siempre. Si Edgardo Quinet levantase la cabeza, vería legitimada la obra y los procedimientos de la revolución en la Iglesia. Vería que hubiera fracasado de intentar una revolución dogmática como fracasó por intentar una revolución católica. Vería que los curas juramentados, que la suspensión del celibato, que las restricciones puestas á ciertos actos del culto, fueron dictadas, por necesidades imperiosas del combate magno entre todas las tradiciones de lo pasado y todas las esperanzas de lo porvenir; pero también vería que hoy ha vuelto la Iglesia con empeño así á sus cánones, como á sus dogmas, y tal vuelta no ha dejado por eso de tener una considerable participación en el progreso humano y en sus magníficas expansiones. Pío IX fué un Papa reaccionario, desde que marraron las esperanzas por él puestas en su famoso Syllabus y en su no menos famoso concilio vaticano, ambos ideados para llevar á sus últimos extremos el absolutismo eclesiástico; y sin embargo, nada de esto se opone á que reconociera el año setenta y tres la República española, juntando por vez primera la Iglesia con la Revolución. Vino León XIII, y no obstante continuar en la desgracia y en la separación del poder temporal, ha favorecido la República francesa, como no la favoreciera ningún otro poder del mundo. Pasamos por una crisis muy grave religiosa durante la revolución; se renovó el período de los iconoclastas; cayeron de sus altares los santos y se rompieron los vidrios de colores á cuyos centelleos habían volado las almas; un poder tan laico y humano como las asambleas constituyentes persistió en creerse un poder divino y un definidor dogmático; pero á estos sacudimientos y exageraciones, vimos recortarse y perderse toda la parte de poder excesivo gozado en los tiempos antiguos por la Iglesia. Y hoy un cardenal es el tribuno de la democracia británica en Londres y otro cardenal el tribuno de la democracia sajona en los Estados Unidos. El movimiento socialista de la Cátedra que parecía como aislado, se completa con el movimiento socialista de los púlpitos. Ha podido influir el Obispo de San Pablo en la última elección presidencial de América, como pudieran influir los defensores de las ciudades entre los pueblos germanos advenidos al comienzo de la Edad Media. Y quizás no hubo en el mundo Asamblea comparable á la grande Asamblea religiosa, reunida en el certamen industrial que celebrara la invención de América con un maravillosísimo centenario. Todas las religiones de los pueblos verdaderamente religiosos, estaban allí representadas. Los sacerdotes de Cristo se codeaban con los sacerdotes de Budha. Y se advertía, viendo junto á un devoto de Zoroastro un Obispo de la religión católica, que todos los dogmas representan y significan la extensión de una idealidad etérea sobre la humana frente y sobre el alma humana. Creyentes tan opuestos se juntaron en un símbolo común de fe viva y re-

zaron el Padre Nuestro. Digan ahora Quinet y sus sectarios, que no ha sido la revolución francesa una revolución religiosa.

¿La revolución religiosa en Alemania fué una revolución política? Lo cierto es que da pena poner en parangón las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso con su realidad, su imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los señores, su orgullo protestante, sus residuos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento alemán se ve casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestión del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia á la ley de los círculos administrativos demuestra cuán arraigadas están las jerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los católicos prueba cuán lejos se halla el pueblo pensador y progresivo de la separación necesaria entre la Iglesia y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la abraza en el fuego de sus ideas. No se diga que el doctor Fausto es la personificación del ideal germánico. Evoca el genio de la vida y el genio del arte; lleva en su frente el verbo divino de la idea, que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal, que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las substancias, dentro de su laboratorio, y va errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve deletreando las palabras iniciales del libro de la ciencia, y oyendo, al son del órgano y de la campana, los cánticos sagrados de la alborada de Pascua; estrecha contra su corazón desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia; baja desde los nebulosos picos del Broken, donde las Brujas vuelan á su antojo, como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antiguos, donde bebe el vino viejo de la inspiración, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ebrios de poesía y de vida; oye el choque del martillo de Thor en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de las sirenas en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre así las raíces del Universo como sus frutas de oro, que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamorfosis; y después de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la acción, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros del amor;